

La ciudad era una esfera de acero. La contaminación hacía ya tiempo que no permitía ver el Sol de una forma diáfana, por lo que resultaba un autentico milagro que unos rayos de esta gran estrella atravesasen la boina de contaminación y que, además, fueran a iluminar la habitación de una mujer elegida por La Providencia. A la luz, pálida como el mármol, se le unía una ligera brisa que hacía que las cortinas de la ventana entreabierta pareciesen cintos de mariposas blancas en un incesante y febril revoloteo. La mujer despertó de su sueño, sobresaltada, oyendo unas palabras que para ella resultaban todo un enigma y que el paso del tiempo lograría descifrarlas. Le pondrás por nombre Emmanuel, Emmanuel, Emmanuel era la frase que se repetía en su interior como una bella canción de cuna que mecía sus entrañas. Mientras desayunaba prestaba la atención de forma distraída e intermitente a la radio que había puesto en la cocina. Se decía que un extraño y desconocido virus había provocado varios muertos en un país asiático. La noticia en sí no le pareció alarmante, al igual que a gran parte de la humanidad en ese mismo momento, pues no sabían el alcance que iba a tener pasado el tiempo. Como cada mañana, se puso en frente del espejo y comenzó a pintar su cara en un ritual que la convertía en una apagada máscara griega o en un triste emoticono. Ya preparada para el gran teatro de la vida, cogió su bolso y salió de su casa con paso rápido, pues su trabajo distaba muy poco del lugar donde vivía y la utilización de su lujoso coche lo tenía reservado para otras ocasiones. En la entrada del banco había

una puerta giratoria y un enorme hall de un suelo de frío mármol, desde donde la gente se dirigía a los variados destinos del gran edificio. Tanto usuarios como trabajadores parecían, con sus trajes oscuros y sus máscaras alicaídas, negras y diminutas hormigas, dirigidas por el afán del dinero. Ya en su despacho, que se ubicaba en la planta más alta del edificio, comenzó a sentir molestias, que acabaron convirtiéndose en un vómito frío en el impersonal servicio, que se hallaba en la puerta contigua a la de su secretaria. Esta última observó una escena que jamás se había dado en todos los años de fiel servicio a su superiora. Por primera vez su secretaria sintió una debilidad en ella. Descubrió su talón de Aquiles, que tanto tiempo había escondido para los demás. Aquella mujer, que parecía de acero, fría y con una salud de hierro, resultaba ser ahora un sujeto digno de piedad y conmiseración. Viendo su estado, le dijo a Blanca, que así se llamaba su subordinada, que volvería a su casa, pues no se encontraba bien. Blanca, asintió servilmente y se despidió de ella de forma incómoda, como no queriendo por todos los medios el haber estado allí en esos momentos. Una vez en su hogar, la mujer se enfundó en su pijama de seda y se colocó sobre el sofá en posición fetal, tapada por una cálida manta. Puesta así parecía una crisálida que tejía muy dentro de su carne una bella criatura revestida de la más absoluta fealdad, siendo una tortuosa oruga antes de ser hermosa y cristalina mariposa. Llegó el día siguiente y despertó en el sofá y entonces fue cuando se dio cuenta de que había pasado casi todo un día y

una noche allí aletargada. Cuando despertó, se encontraba cansada y con mucha hambre, así que hizo renqueando, con movimientos de oso perezoso, un copioso desayuno del que dio buena cuenta en pocos minutos. Pero todavía se encontraba mal, por lo que otra vez vomitó todo lo que había comido. Fue entonces cuando decidió ir a su médico para que este confirmase las sospechas que ella ya tenía y por primera vez, antes de salir de casa, no hizo el ritual de pintarse.

Era un día de primavera, que en teoría debería ser bello, alimentando la ilusión de vivir que uno tiene al llegar a esta estación después de haber pasado un frío y gris invierno. Pero las cosas no eran así. Hacía ya tiempo que los inviernos no eran inviernos ni los veranos, veranos. Los días, bien cálidos o bien fríos, se sucedían en cualquier estación, provocando una inestabilidad atmosférica que no solo malograba la salud del planeta, alterando su ecosistema, sino que provocaban en las gentes cierta inestabilidad emocional. Por todo ello, el día parecía un tanto desapacible. Tiraba una brisa fresca y el sol parecía jugar al escondite. La mujer, para ir a su destino, tuvo que atravesar un bulevar lleno de cafés con grandes terrazas que ocupaban las anchas aceras. Lejos de oír el alegre bullicio de las gentes de las terrazas de los cafés, que antaño así se prodigaban, ahora lo que escuchaba eran los desagradables sonidos de las voces de los hombres y mujeres que parecían chillones violines desafinados. Una vez en

el médico y tras una prueba, este le dijo lo que ya esperaba: que estaba en estado de buena esperanza. Fue entonces cuando medio comprendió lo sucedido aquella inusual mañana en que un rayo de luz la despertó, susurrándole al oído esa frase tan enigmática. Jamás había soñado con la maternidad y, de repente, se le había presentado delante de su rostro de máscara griega con la que jugaba a otro papel en su vida. El hecho de ser madre no entraba en el argumento de su tragicomedia. Y ahora la vida le hacía una pregunta en boca del coro de los niños no nacidos. Su respuesta apremiaba, pues esperándole estaba una vida humana en pleno desarrollo, que clamaba al cielo su derecho a existir. La mujer le dijo a su médico que, aunque no entraba dentro de su plan de vida, tendría a ese que iba a ser niño y no niña, pues ya sabía, por el anuncio que había experimentado en ese día tan especial y que callaba para sí, que el que iba a nacer se llamaría Emmanuel. Entonces, pensó, a modo de premonición, que lo que iba a dar a luz sería un ser muy especial, que, con solo su presencia, hablaría e interpelaría a los corazones de los hombres y de las mujeres con los que se cruzase y que también portaría el último reducto de dignidad humana que quedaría en la oscura sociedad en el que le iba a tocar vivir. Al salir de la consulta del doctor, mientras conducía con el manos libres, entabló una conversación con su pareja. En esta primera comunicación con el progenitor de su hijo quedaron en verse en uno de los cafés con más solera de la ciudad, café en donde ella tenía previsto darle la noticia al hombre

con el que compartía si no del todo, sí algo de su vida. Cuando entró en la cafetería, el hombre permanecía en una mesa del centro mientras se tomaba un café. La mujer llegó hasta su sitio y se sentó algo nerviosa. Tras cinco minutos de charla cortés, esta le dijo que estaba embarazada a lo que el hombre de mármol le contestó, con un severo y tajante imperativo, que abortase. Ella, llevada por un sentimiento de rebeldía, que hacía años no se manifestaba en su persona, se levantó por sorpresa y, lanzando al hombre de mármol una mirada retadora, como un latigazo de furia, se marchó del establecimiento con paso acelerado. Volvía a su casa en el coche de lujo, escuchando su canción favorita mientras las lágrimas arrasaban sus mejillas. También hacía ya tiempo que no sabía lo que era llorar, pues la frialdad se había erigido en ella, sentada en el trono de su corazón, justo al empezar a trabajar en el banco, cuando aún le quedaban años para llegar a la treintena. Con un gesto brusco de enfado, sacó el CD del aparato reproductor, interrumpiendo así su querida melodía, y puso las noticias de la radio. En ellas se contaba el desarrollo del virus desconocido asiático, que había matado ya a decenas de personas y que se había extendido hasta su mismo país, concretamente hasta parte del territorio insular. La mujer, que no acostumbraba a albergar temores dentro de sí, por primera vez en mucho tiempo tuvo miedo, pero no por ella sino por la criatura que crecía en su vientre. Llegó el día siguiente con la calma que suele acontecer después de una tempestad y se dispuso a ir a su trabajo si el reciente estado

de buena esperanza se lo permitía. Y así fue. Mucho había pensado acerca de cómo sería su nueva vida, ahora con un hijo. Tras conocer la noticia de su embarazo, lo primero que deseó, como si de un fuerte antojo se tratase, fue el ir a hacer una visita a su prima, que también estaba en cinta, pero esta hacía ya de seis meses, y que vivía en la ciudad de provincias en la que ella había nacido. Cuando regresó a su lujoso ático, después de una jornada de trabajo agotadora, pues el estado de buena esperanza había obrado en ella de repente un sentimiento de un fuerte tedio hacia lo que era su labor hasta el momento en el banco, encendió la televisión y volvió a salir la noticia del virus. Decían que ahora ya no solo estaba en tierras insulares sino que había llegado a la península con una velocidad de propagación sorprendente. También se hablaba en las noticias de un posible confinamiento de la población para evitar los numerosos contagios. Ante la medida que se contemplaba, la mujer decidió emprender la visita que tanto deseaba a su prima, sin más dilación, por miedo a no poder hacerla ante la amenaza del enclaustramiento.

Así fue cómo cogió un tren, con una pequeña maleta en donde había metido de forma apretada todo lo que iba a necesitar a lo largo de la semana que pasaría con la que para ella era más que su prima, su hermana, pues las dos se habían criado juntas, ya que la mujer había quedado huérfana a muy temprana edad. El viaje transcurrió de forma muy amena.

Los paisajes se sucedían delante de su retina, a través de la ventanilla del tren. Estos iban desde la aridez de la cálida meseta, con colores marrones terrosos, hasta la exuberante vegetación de un verde cada vez más intenso a medida que se iba acercando al norte del país, que era donde se ubicaba la ciudad que la vio nacer. Y, por fin, llegó a su destino, tras cinco horas que se le hicieron más cortas de lo esperado, quizás porque, sin darse cuenta, la contemplación de la naturaleza le brindó la oportunidad de realizar un relajante ejercicio de sana meditación. Y allí, al pie del tren, estaba su prima ansiosamente esperándola. La mujer bajó del vagón con su maleta de ruedas. Ana, que así se llamaba su hermana de corazón, por su parte, experimentó al verla un gozo en sus entrañas como si allí naciera, en ese mismo instante, un manantial de agua fresca que renovase todo su cuerpo. Las dos se fundieron en un más que cálido abrazo y fueron hasta el hogar compartido por su prima y su pareja, un hombre llamado Juan, que, al igual que esta última, se dedicaba a la artesanía de objetos hechos con cuero, que vendían en una tienda del casco antiguo. Al llegar a casa, ya de noche, la encontraron sola, porque Juan aún no había llegado. Lo primero que hizo su prima fue indicarle la habitación en la que iba a pernoctar durante el tiempo que estarían juntas. El espacio era de un tamaño más bien pequeño, pero, a pesar de ello, estaba dotado de un baño propio, que lo hacía ser más cómodo. En el cubículo principal había una cama de noventa, con una sencilla colcha blanca, y, al lado, una mesita, con un adorno de una figurita

hecha con cuero. Todo ello causó en la mujer una sensación de pulcritud y recogimiento, ya que tenía la impresión de estar en la celda de un convento. Una vez que depositó su maleta en la habitación, se dirigió con su prima al amplio y luminoso salón de la casa, que estaba justo en el centro de la misma. Allí, en torno a dos grandes tazas de café y a unos sencillos canapés, las dos departieron largo y tendido, con una deliciosa empatía, haciéndoles parecer a dos pájaros, que, por la mañana, entrelazan sus trinos en el bosque con una gran armonía. Y pensar que tú eras la bohemia de nosotras dos mientras yo soñaba con ser una de las protagonistas de esos horribles culebrones que se dedicaban a mostrarnos las miserias y las proezas de los ricos, le observó su prima, esbozando una sonrisa. Ya ves, la vida es así. Siendo joven soñaba yo con ser una gran escritora, pero cuando murió el tío e hizo falta en nuestra casa el dinero, no dudé en aprovechar la beca que el banco de la capital me ofrecía para trabajar en él. Sí, me acuerdo que hiciste un gran sacrificio por nosotras. Quién diría que la vida de vino y rosas la vivirías tú y que yo, por el contrario, acabaría al frente de una pequeña tienda de artesanía. Porque, la verdad, hiciste una carrera meteórica. Comenzaste por atender en una ventanilla a los clientes del banco central y acabaste como directora del mismo. Ya, no me podría quejar, pero ahora sí me quejo y mucho. Desde que estoy en cinta veo la vida de otro modo y me he dado cuenta que nada de lo que he hecho hasta ahora ha merecido la pena ¿y eso? Le preguntó su prima con gran sorpresa.

Pues he descubierto que el trabajo en el banco es deshumanizador por completo, que el estereotipo de que una trabaja con números sin importarle las personas que hay detrás de ellos es cierto puesto que poco me incumben a mí los sueños y los problemas de esas gentes, ya que en vez de verlos con la dignidad que todo ser humano tiene, los despojo de ella dejándolos en meras siluetas de cartón. En ese momento de la conversación, sonó el móvil de Ana. Era Juan, que le decía, muy a su pesar, que no le esperasen, que llegaría tarde a casa, pues todavía no había acabado el trabajo que le habían encargado unos clientes. Ana comunicó este imprevisto a la mujer y le dijo que mejor sería que cenasen ya y que se fuesen enseguida a la cama, pues esta última debería estar muy cansada del viaje. Y así lo hicieron. Comieron un par de sándwiches cada una, con un vaso de leche, y se fueron a dormir. La mujer no lograba dormirse en la cama, ya que le resultaba extraña, pero, al final, acabó por conciliar el sueño. El frágil sueño enseguida se convirtió en pesadilla y tuvo una visión del todo inquietante. Sintió que dentro de su vientre había un niño reducido a un amasijo de hierros retorcidos y que estos acababan reventándola. En ese mismo instante, cuando concibió esa imagen tan espantosa, se acabó la pesadilla despertando muerta de miedo. Entonces, fue, al acariciar su vientre, cuando se tranquilizó. Se levantó de la cama y se dirigió al lavabo, donde se limpió la cara con un poco de agua. Cuando se miró al espejo del baño, vio la cara de una mujer, y no el espantoso rostro de Saturno

devorando a sus hijos, que era lo que ella pensaba de sí, el complejo de culpa que tenía por la idea que a veces le venía a la cabeza de que, si su hijo saliese con alguna malformación, entonces no lo querría y su corazón sería tan cruel como el del Hombre de Mármol. A continuación se metió en la cama y procuró conciliar de nuevo el sueño, no consiguiéndolo, por lo que a la mañana siguiente, en la que ya se desperezaba la primavera, se encontró realmente cansada. A pesar de ello, no desechó la idea que Ana le propuso durante el desayuno y que fue muy aplaudida por Juan. Durante los días que permanecería en el hogar de Ana y Juan, irían todas las mañanas al encuentro con el mar, al visitar la hermosa playa que adornaba a la ciudad. Juan, para que el propósito de ambas se cumpliera, decidió estar ese tiempo él solo durante todo el día, al frente de la tienda. Y , además, él también aportó una bonita sugerencia, la de que fuesen esa misma mañana a visitar la humilde casa del casco histórico, en donde ellas se habían criado, y que ya hacía unos años que la habían rehabilitado. A las dos primas les pareció muy buena idea esta, la de Juan, y le respondieron, con gran entusiasmo, que la iban a realizar. A pesar del cansancio acumulado por el viaje y por la falta de sueño, la mujer andaba a un paso rápido, paso que le era difícil de llevar a su prima Ana. Tal era su entusiasmo de ver el mar que la había visto crecer, que el recorrido desde la casa de Ana hasta la playa les llevó la mitad de tiempo del que era habitual. La marea estaba baja, por lo que no tuvieron ninguna dificultad en pasear

por la amplia orilla del mar, mojando sus pies en el agua. Durante el paseo la mujer, al inspirar profundamente el aire lleno de salitre, tenía la sensación de que el milagro que san Agustín vio imposible de hacer por parte de un ángel, que se le apareció con la figura de un niño, y que pretendía meter todo el agua del inmenso océano en un minúsculo hoyo, ese mismo, ella lo haría al llevar consigo, en su pequeño vientre, todo el agua del mar, la gran placenta del mundo, llena de vida. A continuación del paseo por la playa, las dos mujeres se dirigieron al casco antiguo de la ciudad, concretamente al lugar donde se habían criado. El edificio, ahora remodelado, era un cuadrilátero en cuyo centro había un patio interior. En medio de este se ubicaba una pequeña fuente a la que miraban cuatro bancos colocados uno por cada lado del cuadrado. Fue entonces cuando la mujer se retrajo en el tiempo, concretamente cuando era una niña de diez años y jugaba en dicho patio. Nada tenía que ver el de su infancia con el de ahora, pues el de sus años de niñez estaba adornado no por una elegante fuente sino por montones de basura entre los que se veía merodear de vez en cuando a alguna rata hambrienta. Sorprendida por el grato cambio, ella y su prima se dirigieron al portal de su antigua casa. Picaron en dicha puerta, concretamente en el que había sido su piso y el inquilino de la vivienda, sin decirles palabra, pensando que era el cartero o un repartidor de publicidad, les abrió. Subieron, en un diminuto, pero muy moderno ascensor, al piso segundo y, con cierto nerviosismo, tocaron a la puerta. El dueño, cuya voz

era la de un anciano, les preguntó desde dentro, sin todavía abrir, que quiénes eran y ellas le explicaron cómo pudieron su historia y el motivo de tan imprevista visita, ante lo cual el hombre mayor les abrió. Este llevaba un gato negro en su regazo y les hizo pasar muy amablemente. Por un pequeño pasillo llegaron a una sala de estar también de poco tamaño. Les mandó sentarse en un sofá tapizado de rojo y les ofreció un café con pastas. Pronto iniciaron una fluida conversación y fue cuando supieron que el anciano era un profesor, ya jubilado, de literatura en uno de los institutos de más prestigio que había en la ciudad. También les dijo que el piso lo había comprado, tras quedarse viudo, porque la casa que compartía con su esposa se le había quedado muy grande, por el tamaño que tenía y principalmente por todos los recuerdos que ella albergaba y que le recordaban a quien había sido su fiel compañera durante toda una vida. Pero el anciano no solo quiso compartir su vida con ellas sino también que ellas le contaran algo de la suya. Y así empezó diciéndole a Ana. Veo que está usted en estado de buena esperanza. Sí, cierto, voy a tener un bebé, del que no quiero saber el sexo que es hasta que nazca, pero aquí, mi prima, también está en cinta, y dice estar segura de que la criatura que espera será un niño, a pesar de no haberse hecho todavía las pruebas. Ah, Y ¿por qué está usted tan segura de ello? Bueno, prefiero no decirlo, pero efectivamente tengo toda la seguridad de que lo que esperó es un niño. Y ¿qué nombre le va a poner? Se llamará Emmanuel. Ah, bonito nombre. ¿Es usted católica practicante?

No ¿Por qué? Porque Emmanuel es uno de los nombres con que se conoce a Cristo Y ¿Sabe lo que significa? No, aunque parezca mentira, nunca me he parado a pensarlo. Su significado es el de Dios con nosotros. Fue entonces cómo, al oír estas palabras, el vientre de la mujer experimentó un salto de alegría y cómo la mujer se reafirmó en lo que ya sabía, en que su hijo tendría una singular condición divina, la cual le reportaría una autoridad, llena de esperanza, que ejercería entre el resto del género humano. El anciano también le preguntó si el padre de la criatura estaba de acuerdo con el nombre que pondrían al niño, a lo cual esta respondió que el padre del nuevo ser que iba a llegar era una figura ausente. El anciano, entonces, se dio cuenta que se estaba metiendo en un terreno escabroso y decidió cambiar de conversación. Acabado el encuentro con el hombre mayor y con sus orígenes, que les había resultado tan reconfortante, ambas primas se marcharon de la casa, con paso rápido, pues ya era tarde para comer y el antiguo profesor las despidió como las había acogido, con su gato negro en el cuello. Llegaron a casa y decidieron ir por la tarde a un concierto de música clásica, pues la ciudad, a pesar de ser pequeña, tenía una gran oferta de actividades culturales. Y así fue cómo pasaron toda la semana juntas, entre visitas al mar y la asistencia a actividades culturales. Pasados estos días, la mujer se encontraba otra vez en el vagón del tren, esta vez de vuelta para la capital. Y el tiempo que duró el viaje, hemos de decir, que se le quedó pequeño. Si ya al ir a la ciudad de provincias, este le

había resultado corto, a la vuelta las horas se convirtieron en minutos gracias a esa misma magia del paisaje, que a la mujer desde hacía mucho se le había olvidado disfrutar. Entonces fue cuando pensó que el hijo que llevaba en sus entrañas le ayudaría a descubrir los significados ocultos de la vida, lo bello que se esconde tras lo aparentemente cotidiano.

Llegó a la gran ciudad, ya estrada la noche y, una vez en su casa, encendió el televisor para ver el parte de noticias de la cadena pública, que se emitía en horario nocturno. En él se decía insistentemente que el presidente del gobierno de la nación se dirigiría a su pueblo, al día siguiente, para anunciar al país que, a partir del momento en que se encontraban, se instauraría el estado de alarma, por el cual la gente tendría prohibido el salir de sus casas, excepto por causas de primera necesidad.

Llegó el momento tan esperado en el cual el presidente de la nación anunció a los ciudadanos que a partir de ese instante comenzaría un confinamiento de todos los habitantes, de al menos quince días, con el fin de atajar la pandemia que ya se estaba experimentando no solo en el país sino en el resto del mundo. La mujer, ante tal anuncio, y aun en su período de vacaciones, llamó al banco para estipular las nuevas condiciones de trabajo, ya que la banca era una servicio indispensable, por lo que seguiría abierta a sus clientes. No dudó en aprovechar la opción de tele trabajar en casa y así se lo hizo saber a su secretaria. Este modo de trabajar suponía si

no una completa liberación, sí un respiro en la tarea de hacer cuadrar números y más números, que, desde que había quedado en cinta, tanto le aborrecía. El parlamento de la nación prorrogó por seis veces el estado de alarma, por lo que los habitantes del país estuvieron encerrados en sus casas durante casi tres meses. Ante esta situación, esta organizó su vida conforme a una nueva rutina. Por las mañanas tele trabajaba en todos sus asuntos del banco y por la tarde dedicaba su tiempo libre por una parte, a la práctica del yoga, siguiendo un tutorial por internet para iniciados, y por la otra, a la lectura, afición que había cultivado mucho durante su adolescencia, pero que, por desgracia, la había abandonado justo al comenzar su trabajo en el banco. Del enclaustramiento recordaría con emoción, una vez superado, los aplausos que todos los días a las nueve de la noche daba en su terraza del ático, junto con muchos de sus vecinos, a los sanitarios que trabajaban a destajo para salvar vidas y también un gesto de gran belleza de una joven del edificio de enfrente, que raramente se encontraba en la vida que le había tocado vivir. Dicha joven comenzó a tocar la trompeta todos los días, a las doce de la mañana, casualmente a la hora del Ángelus, para sorpresa de todos los que vivían cerca de ella y terminó haciéndose con un nutrido público, el cual, incluso, le pedía canciones que ella preparaba en su casa para ejecutarlas al día siguiente. Es así cómo la mujer interrumpía por la mañana su trabajo cuando alegres y delicadas notas de trompeta se posaban en su terraza en busca de un ser que

experimentase su belleza. Y, en ese mismo instante en que las notas volaban hacia su persona, experimentaba un gozo sin igual, que brotaba de su bendito vientre. Sin embargo, doce horas después, justo a media noche, había descubierto que ese era el momento, precisamente por carecer apenas de testigos que lo presenciasen, en el que, un cortejo fúnebre de ambulancias, llevaba a los muertos, a causa de la pandemia, desde el hospital hacia la morgue, envuelto todo ello en un silencio sobrecogedor. De esta forma la vida y la muerte escribían en las páginas de su diario una obra llena de un misterio sobrenatural, que, lejos de espantarla, la seducían en gran manera. Pasaron tres meses de enclaustramiento, que solo era roto por las salidas a los supermercados y por las visitas a su ginecólogo. Y justo el día en el que el gobierno daba por acabado el estado de alarma era cuando ella tenía una prueba un tanto temida por todas las futuras madres por la finalidad que esta tenía: comprobar si el niño que se gestaba en su interior estaba sano o si padecía alguna tara. La prueba la afrontó con una cierta cobardía, que, como una creciente neurosis, iba apoderándose de ella, y que se desarrollaba ante el temor de que el niño viniese mal al mundo. Mucho había pensado la mujer sobre su futuro y el de su hijo, futuro que se esclareció del todo cuando esta recibió el resultado de tan temida prueba. Era un día, que a pesar de ser ya casi de verano, se mostraba muy desapacible. Había una llovizna muy desagradable, acompañada por un bajón de las temperaturas y por un fuerte viento que silbaba la tragedia.

Entró a la consulta del médico y por el talante serio de este, que, por el contrario, siempre se mostraba risueño, la mujer dedujo que algo no andaba bien. El doctor le mandó sentarse y le dijo que su hijo, ese niño que para ella era tan especial, ya incluso antes de nacer, tenía serias malformaciones..... pero le queda la opción de abortar. Fueron las primeras y las últimas palabras del médico que solamente pudo procesar la mujer, debido al gran impacto emocional que le causó la tan temida noticia. El doctor, acabada su intervención, miró a la mujer expectante, esperando que se pronunciara. Esta, sin pensárselo dos veces, le dijo que tendría ese hijo costase lo que costase y se fue de la consulta alicaída. Caminaba por el centro de la ciudad hacia su casa, cruzándose con el resto de urbanitas, los cuales no solo llevaban ahora la máscara de los personajes que les había tocado interpretar en el gran teatro de la vida, pocos por elección y muchos por la fuerza del determinismo, sino que también portaban una mascarilla con el fin de protegerse de la mortal pandemia. A la mujer todo lo que acontecía a su alrededor le evocaba la genial novela La Peste de Camus, obra que había leído en su adolescencia y de la que conservaba un grato y a la vez repugnante recuerdo. Justo antes de llegar a casa, se topó con una tienda de ropa y de todo tipo de accesorios de niños pequeños, y no pudo evitar echar una ojeada al escaparate. Se preguntaba si la deformidad de Emmanuel le impediría llevar esos trajes tan bonitos que estaban allí expuestos y era cuando una duda le asaltaba

cada vez con más fuerza, la de si realmente quería tener a ese niño y en sus pensamientos utilizaba el demostrativo ese porque en esos momentos inciertos no lo sentía como suyo. Pero algo había muy dentro de sí, una fuerza oculta que obraba en su interior, que vencía todo miedo, por grande que este fuera, y que le hacía ir hacia adelante en el propósito de tener al niño, un niño que estaba rodeado de misterio, incluso antes de nacer, y que, precisamente, era ese misterio el que ella no quería romper porque supondría un auténtico sacrilegio para su conciencia.

Pasaron los días y la mujer, tras largas reflexiones, decidió emprender una vida nueva cortando completamente con la anterior, vida nueva que no se desarrollaría en un ático de lujo con amigos llenos de dinero, pero carentes de todo lo que fuese nobles sentimientos, dado que estaban instalados en el más puro materialismo. Quería vivir ahora en un barrio obrero, recordando sus raíces, y manteniendo como única amiga del pasado a su siempre fiel secretaria Blanca. Entonces sería cuando pediría la excedencia en su puesto del banco y, con sus ahorros más la suculenta cantidad de dinero que le darían por su flamante ático, tendrían para vivir de forma austera su hijo y ella. Dispondría así todo el tiempo del mundo para dedicarse a los cuidados de su retoño, que, dadas sus malformaciones, serían muchos. Llegó el último día de trabajo y la mujer quiso despedirse de su fiel secretaria yendo al banco en persona. A Blanca le contó todos sus

proyectos, llena de entusiasmo, pero Blanca no entendía la emoción que sentía su superiora cuando los compartía con ella, y, en vez de alegrarse, experimentaba una pena por la mujer, que hasta entonces raramente había tenido. A Blanca le confió que el niño que tenía en sus entrañas era deforme, pero que, lejos de ponerse triste por ello, le predisponía aún a quererlo más, amor este que le hacía concebir una gran esperanza ante el nuevo futuro que se le presentaba. A ella le informó también que ya había vendido el ático del que hasta entonces disponía y que había pensado en esta para darle toda la ropa que ahora, dada su nueva vida, no se iba ya a poner. Entonces fue cuando quedó un día con Blanca para enseñarle su nueva casa y, de paso, regalarle los trajes y vestidos que ya nunca llevaría.

Pasaron cerca de tres meses de duro confinamiento. Y tras el verano y, a pesar del intenso calor que aún reinaba en la capital, todos sus ciudadanos tenían que llevar mascarilla a demás de respetar entre unos y otros una distancia de al menos tres metros. También tenían que estar constantemente echándose gel desinfectante en las manos. Y todo ello porque ya se sabía del tan temido virus que se transmitía por el aire y por las secreciones que se iban dejando en los objetos circundantes. Llegó un momento en que los muertos ascendían a más de setecientos diarios. Una cantidad vivida en la primera ola, como lo llamaban los epidemiólogos, y que se repetía ahora en la segunda. Los hospitales no daban a basto. El

personal sanitario estaba sobrepasado. Había una sicosis generalizada en toda la población de la que la mujer también participaba, pero no por miedo a morir ella sino por el temor de que falleciese el niño que esperaba. Estando las cosas así, apenas salía de casa y cuando salía le parecían los habitantes de la ciudad, ella incluida, figuras de ajedrez, que, al caminar, se posicionaban a una determinada distancia, tratando, cada uno en su casilla, de no acercarse de más los unos de los otros por miedo al contagio.

Vino el día en que Blanca iba a hacer la visita al nuevo hogar de su superiora. A la secretaria le produjo otra sensación de pena al ver en donde vivía. Para empezar la vivienda ya no estaba situada en el centro de la ciudad sino en la periferia, donde las casas están agrupadas al igual que colmenas. Cuando ya estaba en el edificio donde ahora habitaba la mujer, Blanca tocó al timbre, pero no tuvo necesidad de que su superiora le abriera, dado que un niño muy moreno, de unos diez años, con cara de pillo y la cara algo sucia de chocolate, apareció en la puerta del portal y la empujó para abrirla y así fue cómo Blanca pudo entrar. Ese crío era el hijo de la señora María, una mujer del barrio, vecina de puerta de su superiora, que tenía fama de liviana. Decían que el niño lo había tenido de soltera con uno de los tenderos del barrio, estando este casado. El portal tenía humedades, por lo que las paredes estaban algo descascarilladas. Blanca no salía de su asombro y se le hacía difícil creer cómo una persona,

acostumbrada a vivir entre tanto lujo, según su parecer, había caído tan bajo. A pesar de la humildad que rezumaba el edificio, este no carecía de ascensor, aunque estaba algo deteriorado. Blanca subió al quinto piso y picó en la letra B. Al poco tiempo de tocar al timbre, la mujer, con paso de embarazada, con el balanceo de una muñeca mecánica, abrió la puerta y, nada más ver a su secretaria, le dio un efusivo abrazo, gesto hasta el momento muy inusual en ella. Esta llevó a Blanca a un espacio que no se podría llamar salón sino salita, dado que era muy pequeño, y allí la invitó a un café. Después de una charla animada, donde los protagonistas de ella fueron los hijos, ya adolescentes, de Blanca, la mujer llevó a su secretaria a la habitación donde dormía y en la que se hallaba infinidad de ropa depositada por todas partes. Su secretaria le comentó que estaba de suerte porque había podido aparcar su coche cerca de la vivienda, a lo que la mujer añadió que el niño de la señora María, Antonio, que así se llamaba y que, en palabras de la mujer, era un auténtico pillín, le ayudaría a bajar la ropa. Tras la operación de mudanza, la mujer y su secretaria se despidieron con un par de besos.

Pasaron cinco meses, tras los que el ansiado y a la vez temido día del parto llegó, concretamente a finales de año, en el mes de Diciembre. La mujer pensó que sería algo bueno que Juan, la pareja de su prima, le acompañase en el alumbramiento y Juan, ante esta proposición, se sintió

muy orgulloso y al mismo tiempo algo nervioso, ya que había vivido esa misma experiencia con su mujer meses atrás y no le había resultado muy grato que digamos. La mujer dio a luz por cesárea y, al poco tiempo de entrar al paritorio, ya tenía a su hijo sobre su vientre. El niño nació con el cordón umbilical enroscado sobre su cuello, signo este, según la sabiduría popular, de que el que llegaba al mundo sería un hombre lleno de distinción entre los demás. Mientras la mujer lloraba de emoción, acariciando a su hijo, que estaba sobre su regazo y aún permanecía ensangrentado, el pobre de Juan casi se desmaya, por lo que tuvieron que sacarlo rápidamente del paritorio y sentarlo en una sala de estar próxima, a la vez que Ana le daba aire sacudiendo un periódico cerca de su cabeza, con la intención de que no perdiera el conocimiento. Esta anécdota quedaría como un recuerdo cómico, que todos tendrían cuando evocasen en algún momento de su vida el nacimiento de Emmanuel.

Ana y Juan y su niño pequeño, que se llamaba igual que su padre, permanecieron en la capital, junto a la mujer, cerca de dos semanas. Ana ayudaba a esta en cosas referentes a la maternidad, ya que ella le llevaba unos cuantos meses de ventaja. Así que de este modo se juntaron los dos bebés en la casa. Dos niños que iban a tener una existencia completamente diferente. Mientras el niño de Ana, descubriría poco a poco nuevos sabores en la comida, nuevas relaciones con el espacio a medida que se iría

haciendo mayor, Emmanuel sería esclavo de una silla de ruedas y estaría toda su vida condenado a comer purés y agua espesada. Pero había algo en Emmanuel que estaba rodeado de misterio y que lo diferenciaba más aún si cabe de los demás niños y ello se iba manifestando poco a poco en su mirada. Así, desde poco después de llegar al mundo, Emmanuel abrió los ojos por primera vez en el regazo de su madre y, si bien es verdad que los ojos de los recién nacidos son todos de un color azul metálico, había unos matices en los de Emmanuel que llamaban poderosamente la atención. Fue, precisamente, la enfermera que atendía a la mujer la que hizo un primer comentario referente a la mirada del niño y no sería la última, pues desde prácticamente su nacimiento Emmanuel predicaría con su mirada un cielo que Cristo nos había prometido, pero que el hombre, más que nunca, en estos tiempos, estaba empeñado en negarlo.

Fueron pasando los días, las semanas, los meses y la mujer y Emmanuel estaban sujetos, como el resto de la población, a los dictámenes del gobierno en materia de salud pública. Así iban y venían las olas del virus, iban y venían las saturaciones en los hospitales, el número de contagiados y las muertes que la pandemia originaba. Pero hubo, en medio de todo esto, un gran rayo de luz, de esperanza, que fue el descubrimiento de varias vacunas contra la enfermedad. La ciencia lo que usualmente tardaba en hacer de cinco a diez años, lo redujo a uno. Todo un gran hito

para la historia de la humanidad. Esto produjo que el virus se fuera debilitando, a pesar de las variantes originadas, que causaban no pocos quebraderos de cabeza, de tal forma que la infección quedó reducida a un banal episodio de gripe. Esto sucedió en el segundo año de haber comenzado la enfermedad.

La vida de la mujer, en estos dos años, nada tenía que ver con la que tenía antaño. Dedicada por entero a la casa y a su hijo, sacaba el tiempo suficiente para escribir una especie de diario donde guardaba en silencio todo lo que iba viviendo en su corazón.

Cierto día que esta y su hijo estaban en un supermercado del barrio ocurrió algo milagroso. Mientras la mujer iba a por un producto de la limpieza que se le había olvidado, dejó a Emmanuel en la caja. Cuando regreso con la compra, no vio al niño delante de la cajera, pues él y su aparatoso cochecito especial habían desaparecido. Fue entonces cuando, llena de nervios, salió del supermercado y movida por una fuerza sobrenatural tiró calle abajo, mirando por todas partes, a la búsqueda de Emmanuel. Cuando ya estaba por completo desesperada, porque no lo encontraba, vio que en el patio de un colegio, justo en el centro, allí estaba Emmanuel, con su cochecito y rodeado de niños, que hacían un corro entorno a él. Al llegar su madre, justo en ese mismo momento, sonó la sirena del colegio anunciando el final del recreo y la consiguiente vuelta a

las aulas. Los niños desaparecieron rápidamente como si un mago los hiciera esfumarse de forma mágica y la mujer se acercó a su hijo y le dio un gran beso mientras se preguntaba cómo el niño había conseguido llegar hasta ese lugar y también cómo había despertado la curiosidad de los más pequeños.

Era una tarde de verano cuando la mujer decidió ir al centro de la ciudad con su pequeño. Hacía prácticamente dos años, el tiempo que tenía Emmanuel, desde que no había pisado algunas de las calles de la capital tan concurridas por ella antes de su nueva vida. La mujer iba paseando tranquilamente por una gran avenida de la ciudad cuando se cruzó con El Hombre de Mármol, el padre de Emmanuel. A ella, al verlo, le entró cierto nerviosismo y le vino a la cabeza un presentimiento, que parecía en un principio una ida del todo descabellada, que era la de que El Hombre de Mármol tarde o temprano le quitaría a su hijo. Sin embargo el hombre, que iba acompañado por una mujer rubia tan pintada y tan adornada en su vestimenta que parecía un árbol de navidad, ni siquiera se inmuto al cruzarse con la mujer haciéndole el desprecio de no mantenerle la mirada y, por el contrario, girar la cabeza para otro lado. Esta anécdota le reveló a esta una vez más lo acertado de su decisión de cambiar de vida. Durante unos días no pudo dejar de pensar en el presentimiento que tuvo respecto al padre de Emmanuel, pero la fuerza de la vida se llevó el recuerdo del

hombre sin el ímpetu y con una aparente facilidad, como el mar cuando recoge un objeto de la orilla de la playa.

Pasados tres años, llegó de nuevo diciembre y, como consecuencia de ello, el tan esperado cumpleaños de Emmanuel. Como cada año, la mujer reunió a los que eran sus nuevos vecinos: la señora María y su hijo Carlos y a Blanca, su secretaria, que era la única persona del pasado que tenía presente en su nueva vida. Emmanuel cumplía cinco años y fue cuando la consciencia entro en el espíritu del niño. Si bien no se podía comunicar de ninguna de las maneras convencionales, Emmanuel hablaba con su mirada. Jamás olvidarían los que tuvieron oportunidad de cruzarse en su vida con el niño sus ojos llenos de una excelsa belleza, bondad y mansedumbre. El cumpleaños se convirtió en un alegre encuentro que duró hasta bien entrada la tarde. Después, cuando todo el mundo se había ido, su madre lo colocó en la cama para que descansara del ajetreo de sentimientos que el niño había acumulado en su corazón.

Al poco de dormirse, Emmanuel despertó por el ruido de una campanilla. Nada más abrir los ojos vio a un joven rubio, de pelo rizado y ojos azules transparentes, que se asemejaban en gran medida a los de él. Emmanuel, con gran confusión, le preguntó que quién era, a lo que el joven le contestó que era su ángel de la guarda. Emmanuel, que jamás había oído hablar a su madre de ángeles de la guarda ni de nada que se le

pareciese, sorprendido, le preguntó que qué era ser un ángel de la guarda a lo que el ángel le contestó que un enviado de Dios ¿Y quién es Dios? le interrogó Emmanuel. Pues Dios es el que ha hecho toda la creación, el que te ha dado la vida en un acto de amor para que seas feliz en su presencia, ahora en esta vida, y en la continuación de esta, es decir, en la eternidad. Y a ti ¿también te ha hecho Dios? Claro, soy tu ángel de la guarda. Dios me ha hecho para que vele por ti en esta vida terrena. ¿Y por qué mi mamá nunca me ha hablado ni de Dios ni de ti? Porque tu madre no cree en Dios, puesto que es atea. Pero créeme, en un tiempo no muy lejano, tu mamá se convertirá y aceptará a Dios en su corazón. Entonces el ángel le dijo: Emmanuel hoy es un día muy especial, es el día en el que el razonamiento ha entrado en esa cabecita tuya, el día en que ya podrás distinguir entre el bien y el mal. Para celebrarlo he pensado en jugar contigo al corro de la patata. Yo no sé jugar a ese juego, contestó con una repentina tristeza Emmanuel. Pero yo te enseñaré, no te preocupes. Cógeme las dos manos y dancemos alrededor de tu cama cantando. Pero no ves que yo no puedo moverme, que ni siquiera puedo cantar. Sí que lo podrás hacer. Con tu cuerpo glorioso serás capaz de moverte mejor que ninguna otra criatura en este mundo con su cuerpo terrenal. ¿Y qué significa cuerpo glorioso? El cuerpo glorioso es el que alcanzaréis a tener todos los hombres una vez muertos y llegados al cielo. Pero Dios ha hecho posible que tú lo puedas disfrutar estando todavía en esta vida. Ya verás, intenta levantarte de la

cama cuando te coja por las dos manos. Y efectivamente, Emmanuel alzó su cuerpo glorioso y jugó lo que restaba del día con su ángel de la guarda al corro de la patata. A partir de ese momento su ángel protector se le aparecía todas las noches, poco antes de que Emmanuel conciliase el sueño. En esos momentos Emmanuel hablaba con su ángel de cómo le había ido el día, ya que aunque pareciese monótono, a causa de su enfermedad, que lo mantenía atado a una silla viviendo una existencia vegetativa, siempre tenían para hablar sobre pensamientos y sentimientos muy diversos porque Emmanuel era dueño de una inteligencia privilegiada, muy avanzada para su edad, y de una sensibilidad exquisita.

Sucedió un día de primavera un hecho excepcional en la vida de Emmanuel, la primera gran acción de la criatura de Dios. Iban su madre y él paseando por una de las plazas cercanas a su casa, cuando su progenitora se paró en frente de un artista callejero, que dibujaba retratos con una gran maestría. Marco, que así se llamaba el pintor, le dijo a la mujer que hacía poco que había venido a la gran ciudad y que no se podía quejar porque siempre le salía algún que otro encargo a lo largo del día. Fue entonces cuando la madre de Emmanuel le preguntó a Marco si le podía hacer un retrato a su hijo, a lo que este le contestó que por supuesto. Pero nadie sospechaba lo que iba a suceder en ese momento. Cuando empezó el retratista a captar las facciones de Emmanuel, por medio de un mecanismo

de prestar una suma atención al niño, comenzó este último a elevar su perfecto cuerpo glorioso sobre su silla y quedar de pie irradiando una potente luz que cegó durante varios segundos a los que estaban allí presentes y que penetró en los cuerpos de los cerca de cinco millones de muertos que habitaban la ciudad, hasta dejar sus esqueletos al descubierto, como si se tratase de realizarles una antigua radiografía de plástico, conjunto de huesos que retrataban la sociedad deshumanizada y carente de amor, oprimida por las estructuras de pecado, que no dejaban al individuo disfrutar de la felicidad, al menos durante esta vida, y, que, un ser como Emmanuel, avocado aparentemente a experimentar una suma tristeza, producida por su condición de gran tullido, tenía, por el contrario, siempre esta felicidad en lo más hondo de su corazón. Alegría profunda, que no impedía el sufrimiento, pero que sí sabía muy bien convivir con él. Así, Emmanuel era muy feliz, pero ello no le quitaba que padeciese también enormemente.

Una muestra de su gran sufrimiento y que alimentó las dudas de fe de Emmanuel tuvo lugar en una de las numerosas conversaciones que mantenía todas las noches de su vida con su ángel. Emmanuel, en un momento de la charla con Tobías, que así era cómo había bautizado a su ángel de la guarda, le preguntó por qué Dios le había hecho así de deforme, a lo que Tobías le contestó que en toda la creación el mal se había metido por ella y que, así, las enfermedades, las catástrofes naturales, las guerras y todo lo que conllevara sufrimiento e imperfección eran producto de este. Si

esto es así, ángel mío ¿por qué Dios no quita el mal de la tierra? Emmanuel, en las escrituras Dios nos dice que en este mundo no puede segar la cizaña porque con ella también llevaría el trigo. Es necesario una espera para que el bien de fruto. Es en el cielo y en el infierno donde el bien y el mal se separan. Así que, al final, Dios premia a los buenos y castiga a los malos. No, Emmanuel, no es exactamente así. Cuando el hombre muere, Cristo se presenta ante él y le dice si quiere su amor y si quiere que sus miserias, unos con muchas y otros con bastantes menos, se purifiquen con el fuego de su enorme misericordia para poder entrar en el cielo, un estado limpio de todo pecado, y es cuando el hombre, si es humilde, lo acepta y, si es soberbio, lo rechaza. Es, entonces, el hombre el que decide acoger a Dios en la eternidad o, por el contrario, rechazarlo y vivir por siempre las penas del infierno, que son ni más ni menos que el experimentar la continua ausencia de Dios.

A partir del episodio en el que Emmanuel manifestó de forma tan prodigiosa, con esa potente luz que irradió a toda la ciudad, su cuerpo glorioso, comenzaron a sucederse hechos milagrosos entorno a la persona del mismo. Fueron muchos los que testimoniaron que, al contemplar sus maravillosos ojos, se habían sanado de múltiples y muy diversas enfermedades. Entonces los habitantes de la urbe lo empezaron a conocer como El Santo.

En el día en que Emmanuel cumplió los diez años, se reunieron su madre, la señora María y su hijo Antonio, el pintor llamado Marco y el señor González, un antiguo profesor ya retirado de gimnasia de un colegio público, que era vecino del barrio y había cobrado un reciente interés por el niño. Todos entorno a Emmanuel celebraron sus diez años con mucha

alegría y esperanza. Una vez que se retiraron los invitados de la fiesta, la madre del Santo lo llevó a su cama y lo dejó creyendo que ya le había entrado el sueño, pues Emmanuel se hizo el dormido poco después de que su madre lo depositase en la cama para que esta lo dejase solo en la habitación porque a veces no se contenía y esperaba con mucha impaciencia las conversaciones que tenía con su ángel Tobías.

Cierto día su madre dejó al cuidado del Santo al señor González, que muy amablemente se había ofrecido a ello, ya que la mujer tenía que hacer unas gestiones en el centro de la ciudad y le hubiera sido muy difícil llevarlas a cabo de forma eficiente si hubiese tenido que llevar a su hijo con ella. El señor González vivía justo en el edificio de enfrente de donde habitaba Emmanuel. Nada hacía presagiar la gran herida que ocasionaría al niño, dado que era un hombre de reputación intachable a los ojos del vecindario. Lo cierto es que poco después de estar ya junto a Emmanuel en su casa, un piso que resultaba bastante amplio para un soltero empedernido, el señor González, de repente, cogió la manita del niño, que estaba retorcida, por lo que parecía un muñón, y se la llevó a su sexo haciendo con su mano que la de Emmanuel le rozase los genitales. Así estuvo un buen período de tiempo hasta que su deseo quedó satisfecho. La reacción de Emmanuel fue la de comenzar a llorar un torrente de lágrimas que caía por ambos ojos. En ese momento el señor González fue el primero en intentar

robar el paraíso del Santo, que, sin conseguirlo, si hizo una gran mella en él. Poco después de esta gran aberración llegó la madre de Emmanuel y el señor González, muy amablemente, le devolvió al niño. Ya por la noche, Emmanuel no veía el momento en que su ángel de la guarda se le apareciese. Hola, Emmanuel, le saludó Tobías con semblante serio. Hola, ángel mío. Ya no creo en que tu Dios sea bueno. Tu Dios no es mi Dios, le dijo Emmanuel indignado, volviendo a padecer las dudas de fe que a veces se le presentaban. Supongo que sé el porqué dices eso. Si Dios fuese bueno, no dejaría que el señor González me tratase así. Emmanuel, mucha gente piensa como tú ahora, pero no se dan cuenta que Dios no puede quitarle la libertad a nadie, no puede imponer por la fuerza al hombre el que haga solo el bien. Dios nos ha hecho libres para que escojamos el camino del bien o el del mal. Pero de todas formas, el señor González, si al final se arrepiente y se salva, sufrirá un intenso purgatorio para limpiarse del pecado que ha cometido contigo porque, como dijo Cristo a sus discípulos: el que escandalice a uno de estos pequeñuelos, más le valdría hundirse en el agua atado a una piedra de molino ¿Lo entiendes ahora Emmanuel? Sí, parece que lo voy comprendiendo, le dijo Emmanuel al ángel con voz de puchero. Emmanuel, en la tierra no hay ni hombres completamente buenos, ni hombres completamente malos. Somos a rayas, como las cebras, pero sí hay hombres con intenciones buenas, aunque luego comentan faltas, y hombres con intenciones malas, aunque no sean completamente perversos.

Es la opción de cada individuo la que cuenta. Hasta para ir al infierno uno tiene que ser coherente consigo mismo. Emmanuel, mañana tu mamá te dejará otra vez con el señor González. Cuando te recoja, llora todo lo que puedas, así tu mamá sabrá que algo no está bien y nunca volverás a estar con él. Y así fue como Emmanuel sufrió otra vez una herida en su paraíso, pero esta llena de sentido, pues el ángel también le había dicho que todos sus sufrimientos eran espinas que Dios las convertía en rosas, puesto que dichos pesares nos acercaban más a la Cruz de Cristo y así, obtenían un significado que sin la Cruz resultarían anodinos por completo. En ese día siguiente pasó entonces lo que dijo el ángel. Emmanuel, cuando lo recogió su madre, comenzó a llorar y entonces la mujer tuvo una corazonada de que el señor González no se portaba bien con su hijo, aunque no se imaginaba, ni por un casual, qué era lo que fallaba en el señor González con respecto a su hijo.

Cierto día el ángel de la guarda se le apareció a Emmanuel proponiéndole visitar la ciudad desde el cielo gris que la encapotaba, pues era invierno. Emmanuel tuvo miedo de dejar su silla de ruedas y de poder ver la urbe con su cuerpo glorioso desde las alturas, pero su ángel de la guarda lo convenció y le dijo que estuviese tranquilo, que él lo iba a guiar sin que hubiese ningún problema. Emmanuel, pues, se alzó y dejó su silla atrás y comprobó que con su cuerpo glorioso no solo podía volar, sino que

era capaz de atravesar las paredes sin ninguna dificultad. Una vez que su ángel y él estuvieron en lo alto del edificio que él habitaba, Tobías le dijo: sígueme. Emmanuel, sin ninguna dificultad y experimentando una gran libertad, se desplazaba por lo alto, guiado por su ángel. Entonces, Tobías se paró de repente en un edificio ¿Ves ese tumulto de gente, Emmanuel? Sí, lo veo ¿Qué pasa ahí? Están desahuciando a una pareja de ancianos de su casa porque no pueden pagar el alquiler de la misma y la poca gente que se ha congregado es para defenderlos de tal agresión ¿Y esos que arrastran a los mayores son policías? Sí, la mitad de ellos lo están pasando francamente mal, pero la otra mitad hacen su trabajo sin inmutarse, son unos despiadados que no tienen corazón. Pero ven ahora a otra parte de la ciudad, pues el viaje de hoy todavía no ha concluido. Vamos a entrar en una casa en donde reina un espectáculo dantesco ¿Ves ese piso?, ¿el quinto?, entremos en él. ¿Ves a esa mujer? Sí, parece muerta y ensangrentada, y al lado de ella hay un niño pequeño de apenas dos años. Su marido la acaba de matar. Ha escapado y terminará suicidándose ¡Qué barbaridad! , exclamó Emmanuel. Pero aún no hemos terminado. Ahora nos toca ir a la periferia de la ciudad, donde hay pandillas de traficantes de droga que pierden sus vidas en continuas reyertas. Emmanuel y el ángel, que lo guiaba, acabaron siendo testigos de una de esas peleas de delincuentes, que se llevó por delante a varias vidas humanas. Ahora ya hemos acabado, Emmanuel. Entonces, El Santo y su ángel volvieron a casa

y Emmanuel, ya en la seguridad de su hogar, le dijo a su ángel. En la ciudad reina la violencia, ángel mío. Sí, Emmanuel. Los habitantes de esta, en su mayoría, viven rechazando la misericordia de Dios. Hace falta dar mucho amor para que la ciudad se cure de su enfermedad. Sus ciudadanos viven como unos pobres infelices, como ovejas sin pastor, ya que rechazan las palabras de Cristo. Los templos están medio vacíos, pues solo unos contados ancianos los van a visitar. Los vicarios de Dios cada vez son menos y llevan, parte de ellos, una vida que está alejada del evangelio que predicán. El Padre ha querido que tú, con tu vida, llena de sufrimiento, pero en la que está presente en gran medida también la felicidad, seas una gran presencia de su amor para con los hombres, a pesar de que muchos de ellos rechacen su mensaje. Con tu mirada, que refleja el cielo de los justos, habrá personas que se conviertan y dicha conversión será consecuencia, también, del testimonio de la Cruz que das con tu dura vida pegada a esa silla.

Pasaron cinco años y Emmanuel ya había cumplido los quince y su madre decidió celebrarlo con unas vacaciones de verano que pretendía que fueran inolvidables. Para ello la mujer decidió realizar una celebración muy especial, pues visitaría con su hijo La Ciudad Eterna. De esta forma Emmanuel y su progenitora cogieron un avión que les llevaría directamente a Roma. Era la primera vez que El Santo montaba en este medio de transporte. Su madre, sin embargo, recordaba en este periplo lo mucho que

había viajado en su otra vida, cuando estaba al frente del banco, Pero ¿por qué quería la mujer ir a Roma con su hijo y no a otra ciudad? La respuesta estaba en su inconsciente, pues en este brotaba su deseo de ir a toda costa. Ya había ido a La Ciudad Eterna varias veces, pero jamás había estado en El Vaticano. La había visitado minuciosamente, pero nunca quiso ir a la Sede de Pedro porque su fuerte ateísmo le impedía visitar este lugar, aunque fuese por razones meramente culturales. Y ahora, sin embargo, una imagen obsesiva la llevaba hacia allí.

Al entrar en el avión, Emmanuel se puso un tanto nervioso. Su madre le había dicho la noche anterior, antes de marcharse, lo que les iba a acontecer en el viaje. Y es que Emmanuel no solo tenía las visitas de su ángel, con las que poder charlar todas las noches, sino que, mientras su madre lo acostaba, esta le contaba todo lo que les había acontecido en el día y los planes que tenían para la siguiente jornada. Así, Emmanuel le había oído decir a su madre que embarcarían en un avión, un medio de transporte que volaba por el aire, más arriba que las nubes, pero que era muy seguro. Entonces, Emmanuel se imaginaba que la aeronave era como su ángel de la guarda, pero que en vez de guiarle a él solo, tiraba también por otros muchos. Cuando fue por la especie de oruga que le llevó al avión, a Emmanuel le entro un poco de claustrofobia, que se acentuaría cuando penetró en el mismo, pues veía que el viaje que iba a hacer nada tenía que

ver con las escapadas de su ángel y de él por la ciudad. Durante el desplazamiento, que hicieron en primera clase, lo más cerca de la cabina del piloto, por tratarse el de Emmanuel de un caso especial, a su madre le asaltaron los recuerdos de cuando iba con sus parejas de vacaciones a los destinos más selectos del mundo. Ya hacía quince años desde que la madre del Santo no viajaba en avión, desde que no había hecho ningún viaje al extranjero, y era este, que los llevaba rumbo a Roma, el desplazamiento más especial de su vida, pues lo quería compartir con lo que más quería, con su hijo.

Tras un viaje sin sorpresas, El Santo y su madre se instalaron en lo que iba a ser su hotel en los próximos cuatro días. El edificio en sí era como una casita de muñecas, un negocio familiar en el que el amor por los detalles destacaba sobremanera. Además de ser tan acogedor, estaba situado a cinco minutos de La Fontana de Trevi, por lo que este monumento fue la primera visita turística que realizaron a la ciudad. En ella pudieron observar las maravillosas estatuas de blanco mármol, que emanaban una gran pureza, y que junto con el jugueteo del agua, que, con los rayos de sol, parecía más que nunca de oro, transmitían la sensación de una gran vida y esperanza que se contagiaba a todos aquellos que lo contemplaban. Esto tuvo lugar el primer día del viaje, en el que Emmanuel y su madre visitaron un gran número de plazas a demás de la de la Fontana

y en todas supieron apreciar la peculiar belleza que desprendía cada una de ellas. Al día siguiente Emmanuel y su progenitora fueron en un transporte adaptado al Coliseo. Era el mismo transporte que les había llevado desde el aeropuerto a La Ciudad Eterna y que la mujer había contratado para todos los desplazamientos que iban a llevar a cabo. En los alrededores del monumento había toda clase de turistas y entre ellos una figura del todo siniestra llamó la atención de la madre de Emmanuel. Era la persona de una vieja menuda y encorvada, toda vestida de harapos negros, que cubrían su cuerpo, sin la posibilidad ni siquiera de verle el rostro. La anciana andaba entre el tumulto, con la mano extendida, pidiendo a la gente una limosna mientras estaba mirando al suelo. A la mujer, al ver esta estampa, le entró un escalofrío por todo el cuerpo y tuvo el presentimiento que esa vieja era la muerte que venía a por ella.

Y llegó el tan esperado día en el que iban a visitar la Sede de Pedro. Durante el camino en taxi no podía apartar la mente de una fijación que había tenido en todo el viaje a Roma y esta idea obsesiva era el deseo ardiente de contemplar La Piedad de Miguel Ángel. Así que, cuando el taxista bajó a Emmanuel de la parte trasera del coche, ella cogió precipitadamente la silla de ruedas de su hijo y rápidamente atravesó, mientras la empujaba con gran vigor, la plaza de San Pedro, llena de turistas, y se dirigió hacia la entrada del templo. Lo que en primera

instancia llamó su atención fueron las cuatro imponentes columnas de Bernini, que salían desde lo más hondo de la superficie para elevarse de forma serpenteante hasta las alturas. Pero ella no encontraba lo que tanto había deseado ver. Entonces, se dirigió hacia uno de los laterales del templo, por el margen izquierdo y allí por fin sus ojos pudieron contemplar La Piedad. Lo primero que le sorprendió fue lo pequeña que era en comparación con las columnas. Mientras estas exhibían la fuerza y gloria de Dios Padre en el cielo, en la Piedad estaba María, una humilde madre, rota de dolor, que tenía a su hijo muerto y ensangrentado sobre su bendito vientre. Ante la contemplación de la obra de arte, fue cuando la madre de Emmanuel pensó que ella también tenía algo en común con María, pues El Santo, desde que nació, era un Cristo sufriente y ella, durante toda su vida, había tirado por esa silla de ruedas. Su existencia la comparaba, pues, con su visión del humilde cordero crucificado sostenido por el regazo de su fuerte madre. La contemplación de esa conmovedora estampa, de esa madre con su hijo, tan parecida a su vida, hizo más que todas las homilías que había escuchado cuando aún era una niña pequeña y se la obligaba a ir todos los domingos a la iglesia. La madre de Emmanuel sintió en ese mismo instante la fuerza arrolladora y salvífica de la conversión dentro de su corazón, que como una antorcha de fuego redentor, experimentó en lo más profundo de su ser.

Lo primero que pensó la madre del Santo en su nuevo estado de recién conversa fue el hecho de bautizar a Emmanuel. Pero su júbilo duraría muy poco, pues al salir del Vaticano, llena de alegría, iba tan entusiasmada que se saltó un semáforo en rojo y fue arrollada por un coche. Emmanuel salió ileso de la colisión porque su madre, cuando vio el auto que se le iba encima, impulsó la silla con toda su fuerza de forma que el vehículo no alcanzara al Santo. Después del atropello, la mujer yacía muerta, como un maniquí de cera, depositado en la calzada, pudiéndose ver cómo un hilo de sangre salía de su nariz. Tras el accidente, todo fue ruido y confusión; las sirenas de la policía, las luces de la ambulancia, el tumulto que se creó con los transeúntes, curiosos a la vez que consternados. Todo ello le habló sin palabras a Emmanuel y entendió que a su madre le había pasado algo muy grave. El Santo después sería llevado a la embajada de España, situada en una plaza donde había una gran escalinata, y allí, el embajador en persona se acercaría al adolescente y, en un gesto de suma delicadeza, le daría un beso en la frente y le diría, sin este saber si el niño lo entendía, que sentía el fallecimiento de su madre y que harían todo lo posible para ponerse en contacto con sus familiares más allegados para que se hicieran cargo de él.

La última noche que pasó Emmanuel en Roma fue en un gran hotel, cuidado por personal de la embajada. Cuando estaba en la cama, El Santo

invocó a su ángel de la guarda, pero este no apareció. Fue entonces para Emmanuel una noche muy dura, una noche oscura, donde le faltaban los cálidos besos de su madre y las siempre esperanzadoras palabras de su ángel. En esa noche Emmanuel quiso romper definitivamente los lazos de amor con Dios y en esos momentos tuvo una experiencia mística. Notó como su cuerpo se sumergía en un mar profundo para entrar en otra dimensión, la del infierno. Cientos de personas vagaban, como zombis, aislados unos de otros, envueltos en las tinieblas, que lo teñían todo de una oscuridad que, a pesar de esta, dejaban ver a toda esa gente yendo sin un destino, con los corazones como secos panales de abejas. De repente, el cuerpo de Emmanuel emergió de las profundidades y volvió a estar presente en la cama del hotel donde descansaba. Entonces se dio cuenta que Dios quería retenerlo a su lado, ya para siempre, al mostrarle cómo era la vida sin su presencia.

Los familiares de Emmanuel: la prima de la madre y su pareja, Juan, se hicieron cargo del niño ante la indiferencia del Hombre de Mármol. A su nuevo hogar se le unía su primo de una misma edad que él, la de quince años. En la primera noche que Emmanuel pasó en la casa de sus primos se le apareció su ángel. Este le dijo que, a pesar de la falta de su madre, se avecinaban buenos tiempos para él, entre otras cosas porque podría disfrutar de la presencia de su adolescente primo Juan. Y así fue, Juan

supuso la mayor alegría de su nueva vida después de la siempre proporcionada por su fe en Dios. Juan, al igual que Emmanuel, no estaba bautizado, pues sus padres jamás le habían hablado del Dios de la Biblia. Lo único que sabía de Cristo eran vagas nociones de lo que había oído comentar a sus compañeros de clase cuando estos hicieron su primera comunión. Entonces le entró cierta curiosidad por la figura de Jesús, pero esta fue desapareciendo poco a poco hasta que cierto día, pasados ya varios años, Juan, que daba un paseo con su primo Emmanuel, al pasar por la iglesia que estaba de camino a su casa, entró en ella lleno de una mansedumbre de corazón hasta entonces desconocida por él. Allí, se sentó en el banco más cercano al altar y puso la pesada silla de Emmanuel a su lado. Juan miró al frente y encontró a un gran Cristo en la cruz. Entonces fue cuando su vista se depositó en el rostro de Emmanuel y se dio cuenta que de los místicos y bellos ojos del Santo caían unas sutiles lágrimas sobre su desfigurado rostro. Juan, ante la emoción de Emmanuel, volvió a dirigir su mirada, ahora, no ya a la totalidad del cuerpo de Cristo en la cruz sino concretamente a su rostro y se dio cuenta de que esa cabeza caída hacia un lado, debido al peso del enorme dolor de los pecados del mundo, rezumaba humildad y amor por todo el género humano, al cual él pertenecía. Y así pensaba que si Cristo estaba así colgado en el madero, era por él y sobre todo por su primo Emmanuel. Mientras, la madre de Emmanuel, desde el cielo, estaba llorando por ellos y avivaba el fuego de la conversión en el

corazón de Juan. El primer deseo que tuvo Juan al salir de la iglesia fue el de bautizarse y el de bautizar también a Emmanuel.

Despierta, Emmanuel ¡Hoy es el gran día! Le dijo el ángel al Santo. Hoy bautizarán a Juan y luego te bautizarán a ti en la pila bautismal de la iglesia. Ángel mío, hoy seré miembro de la Iglesia, del Cuerpo místico de Cristo, me ha dicho el mismísimo Jesús en sueños. Según él, antes también estaba acogido por la Iglesia, igual que mi primo Juan, porque la Gracia de Dios no se contiene solo en los sacramentos, sino que también actúa sobre las personas que están al margen de ellos. En efecto, Emmanuel. Tu madre está en el cielo, junto a los demás santos, sonriendo de felicidad porque tu primo Juan se ha convertido y porque tú, más que nunca, perteneces a la Iglesia. Podrás hacer un gran número de milagros, si cabe, y tu fama de santo se extenderá por toda la pequeña ciudad, al igual que pasó en la gran capital, en donde vivíais tu madre y tú. Tendrás varios años muy felices, pero luego vendrá una prueba muy difícil, antes de que vayas al cielo. Emmanuel se asustó y no quiso preguntarle a su ángel qué prueba difícil era la que iba a padecer.

El día de su bautismo fue el más feliz de toda su vida para Emmanuel y también para su primo Juan. Los padres de Juan no entendían la conversión de su hijo, pero la respetaban. Y Emmanuel, al recibir el agua bautismal, le cayó una lágrima por cada mejilla, signo de su emoción.

Desde ese momento, si ya los dos primos eran inseparables, se forjó, más que nunca, una camaradería entre ellos sellada por la Gracia de Dios. De esta forma, Juan, cuando venía del instituto y terminaba sus deberes, merendaba con Emmanuel. Y así él era el encargado de darle la merienda; bien bizcocho u otra pieza de bollería, que mezclaba con el café hasta espesarlo del todo y administrárselo a Emmanuel en pequeñas cucharadas. Después de la merienda, Juan siempre llevaba a suprimo a dar un paseo cerca del mar y admiraban los yates que estaban amarrados en el puerto. Cierta fin de semana atracó, en ese mismo puerto, el buque armada Juan Sebastián El Cano, hecho que fue anunciado por los medios de comunicación locales. Estos informaban que el buque armada, el cual daba la vuelta a la tierra cada año, podría ser visitado de manera gratuita mientras estuviera anclado en la ciudad. Entonces Juan, con toda la ilusión del mundo, llevó a su primo a visitarlo y le dijo que su sueño era el de ser marino e ir por todo el mundo conociendo lugares muy alejados de su pequeña ciudad. A Emmanuel esto le pareció, por una parte, muy bonito, pero, por la otra, sintió una enorme pena al pensar que su primo, tarde o temprano, emprendería el vuelo y lo dejaría de acompañar, como había hecho hasta el momento.

Pasaron tres años y Emmanuel y su primo cumplieron la mayoría de edad. En una noche de invierno, donde el viento aullaba con una

inquietante fuerza, el ángel del Santo se le apareció como era por costumbre, pero esta vez con una expresión de gravedad que Emmanuel jamás se la había visto. Ángel mío ¿pasa algo malo? Pues jamás te he apreciado yo ese semblante. Emmanuel, vengo con tristes noticias ¿Y qué noticias son esas que te hacen estar tan serio? Decirte que tu padre está en la ruina y, sabedor de tu fama de obrar milagros, quiere tenerte a su lado para hacer dinero contigo. Son tiempos difíciles los que te esperan. Te separará de Juan y de sus padres y te explotará como si fueras una atracción circense. Dios ha querido que pases por esta gran cruz, que será la última de tu existencia, puesto que a continuación te llegará la muerte y, más que nunca, podrás ya disfrutar de su amor para toda la eternidad. Ángel mío quiero pensar que Dios me quiere tanto que me ha dado grandes pruebas en esta vida mía para amarlo sin reparos, puesto que me ha invitado a llevar su Cruz y así ayudarlo yo, con lo poquita cosa que soy, en la redención de la humanidad, movido por el más puro amor que Él me inspira, y así también salvarme Él, con lo grande que es, gracias a la gran misericordia de la que es dueño. Exacto, Emmanuel. La sabiduría de la cruz nos da alas para elevarnos sobre nuestras miserias y así poder convertir el mal que hay en nuestras vidas y que es fruto del demonio, en un bien supremo. Muchos que no creen en el Dios cristiano no entienden esto, el llamado escándalo de la cruz, que Pablo predicaba a los griegos, por lo que estos se iban marchado poco a poco de la plaza donde hablaba el apóstol,

llevados por una enorme desilusión de cómo un Dios omnipotente acababa muerto y crucificado. El ángel y Emmanuel hablaron y hablaron hasta que amaneció en la pequeña ciudad y Juan y Ana vieron una carta certificada en su buzón anunciándoles que el padre de Emmanuel lucharía por su custodia en los tribunales. A pesar de todos los intentos habidos y por haber de Ana y Juan para seguir manteniendo la custodia del Santo, el padre de este acabó llevando las de ganar e hizo que de esa hora en adelante Emmanuel viviese con él. Esto implicó que El Santo tuviese que volver otra vez a la inhumana ciudad e instalarse en un palacete que a duras penas podía sostener El Hombre de Mármol, ya que estaba lleno de deudas. El Hombre de Mármol y su pareja actual idearon un plan de vida para Emmanuel, con el fin de hacerse de oro, que poco distaba de la existencia llevada por una atracción de feria. Así, El Santo recibiría por las tardes, postrado en su silla de ruedas y colocado en una esquina de un amplio salón de la gran casa, a todos aquellos que quisieran curarse o que desearan hacer una petición a Dios por medio de este.

Comenzaron las colas de personas que querían que Emmanuel obrase un milagro en ellos a cambio de una suculenta cantidad de dinero que previamente le daban al padre. La visita consistía básicamente en atravesar el largo salón e ir hacia donde estaba El Santo y ponerse delante de él para mirarlo directamente a los ojos y hacer una petición en silencio a este, que

soportaba horas y horas expuesto en la casa como una especie de mujer barbuda. En un principio las colas eran inmensas, pero la gente que ya había visto los bellos ojos de Emmanuel en busca de soluciones para sus múltiples y diversos problemas se encontraban con que El Santo no obraba ningún milagro en ellos y entonces comenzaban a murmurar que el poder de curación de Emmanuel era una falsedad e incluso hubo personas que fueron protestando al Hombre de Mármol, exigiéndole que les devolviese el dinero por lo que resultada con toda claridad una gran estafa. Sobra decir que detrás de todo ello estaba la Divina Providencia que no permitía que la fe en Dios se convirtiese en un mundano comercio, haciéndonos recordar el pasaje del Evangelio en el que Cristo expulsó con un látigo a aquellos que comerciaban dentro de la casa de su Padre.

Sucedió en una noche el hecho más duro en la vida de Emmanuel antes de su muerte. Emmanuel ya estaba en su cama esperando, como cada día, la venida de su ángel para comentar lo acaecido en la jornada diaria. Fue entonces cuando se le apareció quien él pensó que era su ángel. Este le dijo que quería enseñarle otra vez la ciudad, que le desprendería de su silla de ruedas para que su cuerpo glorioso pudiese volar por encima de los tejados. Emmanuel así lo pudo hacer, pero había dentro de él una desconfianza hacia su ángel que jamás había experimentado y que ahora sentía con gran intensidad. El supuesto ángel de la guarda de Emmanuel lo

llevó hasta el pináculo de la catedral y allí, al comenzar a hablarle, fue cuando se manifestó tal cual era. Y así, su voz se convirtió en la que tienen las brujas de los cuentos: la de una arpía, que manifestaba un género indistinto, podía ser tanto femenino como masculino, y en la que se concentraba toda la maldad del mundo con un fondo de sonido de serpiente de cascabel. De sus ojos dejó que pasaron a ser dos tizones negros, que penetraban, con una fuerza sobrenatural, todo lo que veían. Todo ello caracterizaba al demonio y fue así como se presentó delante de Emmanuel en lo más alto de la catedral. Emmanuel, le dijo Satanás, si me adoras de ahora en adelante, te libraré de la esclavitud de esa silla de ruedas y podrás caminar libre como cualquier otra persona, pero no solo eso te concederé. Si me reconoces como tu Dios, te ofreceré el poder y todas las riquezas de la tierra. El mundo se postrará a tus pies. Emmanuel, ante este ofrecimiento, le dijo a Satán, de forma muy enérgica, que se apartara de él y el demonio, al sentir este rechazo, solo pudo desvanecerse en el puñado de cenizas en que se había convertido al experimentar este gran fracaso. Después de esta estampa, fueron muchos los ángeles del cielo que se le aparecieron al Santo y que le servían con gran alegría.

Emmanuel, le dijo su ángel, tras una de las maratónicas jornadas de exposición a la que le tenía sometido su padre, ya faltó muy poco tiempo para que te vayas al cielo y puedas ver a Dios Padre cara a cara ¿De verdad

, ángel mío? Sí, pero antes el soberbio de tu padre organizará tu muerte con el fin de sacar mucho dinero. ¿Y cómo será eso? le preguntó El Santo al ángel custodio. Caerás en un coma profundo y a continuación se te alargará la vida artificialmente por respiración asistida. Todo con el fin de organizar tu muerte para poder mostrarla a miles de personas en el gran estadio de la ciudad infame. Personas que tendrán que pagar una cantidad astronómica por verte morir. Emmanuel, ante este anuncio, se llenó de miedo y pensó en lo que debió de sufrir Cristo en la Cruz.

Al día siguiente Emmanuel entró en coma y cuatro semanas después se le estaba alargando la vida por respiración asistida. Entonces, El Hombre de Mármol puso un anuncio en las últimas páginas del periódico local anunciando que Emmanuel, El Santo, iba a morir y que todo el que quisiera ver su muerte en directo, que sacara una entrada para poder ser testigo de tan asombroso acontecimiento. En pocas horas las localidades, vendidas por Internet, se agotaron.

Llegó el día y el estadio estaba engalanado como nunca. El Hombre de Mármol llevaba a su hijo al centro del campo, en donde estaba situada una plataforma a modo de escenario, como si allí se fuese a celebrar un concierto de rock. El padre de Emmanuel, ayudado por los sanitarios de una UVI móvil, puso la camilla de Emmanuel y todos los aparatos que lo mantenían con vida delante de una cámara de televisión que grababa a

Emmanuel en un primer plano. Era ya de noche cuando El Santo dejó esta vida para alcanzar la eterna. El hombre de Mármol, con un frío gesto, desenchufó todos los aparatos que mantenían con vida a su hijo mientras los miles de espectadores que allí estaban congregados lanzaban destellos de luz, con sus teléfonos móviles, intentando fotografiar justo el momento en que Emmanuel dejaba de existir. Esos rayos de luz, que caían sobre el cuerpo de Emmanuel, eran los latigazos que Cristo soportó en su martirio y que ahora Emmanuel también los compartía con Él.

Nada más dejar de existir Emmanuel, un gran temblor de tierra tuvo lugar a la vez que las tinieblas envolvieron en un mar de frialdad la ciudad, ahora definitivamente ya sin vida.